

Tributo a un detenido desaparecido

Me llamo Teresa

No quiero hablar de mí, porque sobreviví, sino de mi esposo Hugo Daniel Ríos Videla que desapareció desde este lugar.

*El 14 de febrero de 1975 hubo gran alboroto en Villa Grimaldi porque traían a dos detenidos, uno de ellos era **Hugo Ríos Videla**, apodado "**El Peque**"; se veía en muy malas condiciones, tenía el cuerpo y rostro ensangrentado y luego de interrogarlo lo dejaron tirado en el patio (Declaración de Gladys Díaz testigo de su paso por este lugar, Villa Grimaldi)*

Este es mi testimonio de amor y dolor

El año 1973 se presentaba difícil: me sentía incómoda e insegura creo que el Peque estaba en una disposición bastante distinta: él formaba parte de la fuerza central del MIR donde existía más acción y menos cuestionamientos. Había recibido instrucción militar en Cuba donde lo apodaron el peque por su carita de niño, era destacado físicamente y tenía mucho carisma y coraje. Era el hombre ideal para la guerrilla, el revolucionario perfecto.

Nos conocimos por casualidad, el resto lo hizo la magia o tal vez la fatalidad. Él soñó que yo era Varinia, la compañera de Espartaco, y él, por supuesto el libertador de los esclavos.

Yo también había soñado con él, a mí se me apareció como "Antonio Torres Heredia, moreno de verde luna, voz de clavel varonil...." A estos versos de García Lorca les pedí prestado el nombre Antonio y también el presagio

**"Antoñito el Camborio,
aquel gitano
que fue asesinado en un camino.
Cerca del río Guadalquivir"**

**Moreno de verde luna,
anda despacio y garboso.
Sus empavonados bucles
le brillan entre los ojos.**

Hicimos una cita a ciegas en la Plaza Italia, el corazón de la ciudad donde todo converge. Cuando me siento triste me voy para allá. Muchas veces, desde aquella tarde en que nos conocimos, he ido al mismo lugar donde por primera vez Antonio me tomó la mano y nos besamos. Allí, al lado de la estatua de Balmaceda, le he enterrado cartas y regalos, allí he buscado su apoyo y le he entregado mi cariño desde que su cuerpo se esfumó aquel 14 de febrero de 1975.

De esa primera cita me quedaron el intercambio de miradas, el recuerdo de la tibieza de sus manos, esas manos con un dedo amputado que tanta vergüenza le producían.

*Declaración de Gladys Díaz Armijo, detenida el 20 de febrero de 1975 por agentes de la DINA y trasladada hasta Villa Grimaldi; en una ocasión cuando la llevaban al baño logró conversar con **Ríos Videla** llamado "Peque José Luís", contándole que estaba herido a bala en la cabeza, producto de su detención, la herida se le estaba infectando, estaba afiebrado y que no le daban atención médica, al parecer querían dejarlo morir. Pudo percatarse que le faltaba la falange de un dedo de la mano derecha.*

No teníamos mucho tiempo, ambos estábamos ya viviendo como en un cuartel militar y el golpe se venía. Nos dedicamos en forma metódica a conocernos: caminábamos noches enteras conversando hasta que una madrugada -entumidos de frío porque era invierno- me llevó a su casa y del interés pasamos al gusto, del gusto a la ternura y de ahí a la pasión. Los dos estábamos muy contentos y se nos iban confirmando nuestros mágicos sueños, él era mi Antoñito, yo era su Varinia. Él me llamaba socia y sentí que nunca más estaría sola cuando me propuso que lo compartiéramos todo. Su mundo estaba lleno de certezas y también de fantasía. La clave de su tesoro era el amor, se movilizaba por sentimientos y emociones. Era un hombre de una belleza sobrecogedora. Lindo por dentro y también por fuera. Fueron días intensos, sin espacio para dudas, el

poco tiempo que lográbamos escamotearle a los deberes revolucionarios era para amarnos más. Hasta que nos cayeron encima los tanques, los bandos militares y la clandestinidad.

Cuando fue el golpe yo pensé que era como un maremoto que nos había dejado a todos ahogados. Estaba tan aturdida que no se me ocurrió que el Peque podría haber sobrevivido a la hecatombe. En cada imagen de francotirador muerto en algún techo yo veía su cuerpo. Pero salimos a la deriva y bastante desconcertados, nos volvimos a encontrar tirados en la misma playa cuando bajó la marea.

Nuestras ilusiones se habían remplazado por negros presagios. Tal vez, nuestra única de manera de sobrevivir era creando una vida entre los dos: nuestro hijo Manuel. Vivíamos felices juntos, esperábamos un hijo, nos amábamos en medio del terror. Creíamos, en nuestra porfiada ingenuidad, que la vida era andar escondiéndose al tiempo que nuestro hijo se iba lentamente anidando en mi cuerpo y en la fantasía de su padre.

Resistir era la consigna... Los hilos de nuestras biografías estaban manejados por fuerzas externas y terribles. Fuimos, durante un año y medio en esa realidad, una pareja de jóvenes enamorados, ilusionados con la vida que estábamos gestando.

Esa vida que crecía en mi empezó a cambiarme. Ya tenía más reparos para ir al matadero dócilmente. Por su lado el Peque empezaba a presentir su fin, se debatía entre la impotencia y la rebeldía. Soñó una día que teníamos una niña y él estaba solo caminado

tristemente con la criatura igual a mí. Yo había muerto. ¿Y si era un hombrecito? El final se le asomaba en las esquinas y se llevaba a nuestros seres más queridos.

Nació nuestro niño, fue hombre y se pareció a su padre. La suerte estaba echada y él me dijo que si él moría yo debería buscar otro padre para Manuel. Me pidió que rehiciese mi vida al mismo tiempo que estaba tan feliz y enamorado de su pequeño niño lindo, su pequelín...

¡Ay, qué terribles cinco de la tarde!
¡Eran las cinco en todos los relojes!
¡Eran las cinco en sombra de la tarde!

Eran las cinco de la tarde, cuando en un día de verano, mi apuesto y joven compañero se despidió con un gesto de saludo y una mirada de amor hacia nuestro hijo que reposaba mi falda. Se alejó de la población donde convivíamos con las personas más pobre y solidarias de la ciudad. Iba vestido de manera deportiva y en su bolso amarillo llevaba una pistola marca Stayer. Habían pasado dos días interminables desde que el guatón Pedro debería haber aparecido y mi "peque" como le decían por su aspecto de niño, se iba al punto de rescate del cual nunca regresó.

Pasaron las horas, los días y yo me abrazaba a Manuelito esperando no sé qué milagro. Pasaron los

meses y solamente rumores alimentaron mi pesadilla: que cayó preso, que lo hirieron, que murió, que no era él el muerto.

Yo lo esperé, seguí luchando pero el huracán era demasiado fuerte para un niño indefenso, incluso podría ser un rehén, situación probable ya que la represión no se detenía ante nada. Me convertí en una resistente clandestina después de poner a mi niño a salvo en mi familia. Nunca más volveríamos a vivir juntos los tres. Esta separación se transformó en una realidad amarga y definitiva cuando unos meses después apareció su nombre Hugo Daniel Ríos Videla en una lista de 119 revolucionarios "muertos en Argentina". "Como ratas exterminan a Miristas" decía el órgano de la dictadura "La Segunda"

Nada más distinto a una rata era mi socio. Era adorable, cómo no iba a estar enamorada de él si su belleza era completa interiormente era apasionado, valiente, sensible, lleno de valores que lo hacían estrellarse contra el mundo de injusticias que veía. Por fuera era atlético delgado, de rasgos finos

**Antonio Torres Heredia Camborio
de dura crin,
moreno de verde luna,
voz de clavel varonil
¿QUIEN TE HA QUITADO LA VIDA?**

Y los años no han pasado, la imagen de mi peque
quedó grabada en mi cuerpo y en mi alma.

*Señala Gladys Díaz que alrededor del 28 de febrero
de 1975 estaba en Villa Grimaldi y ve un grupo de*

*detenidos, alrededor de doce, estaban formados en el patio entre ellos René Acuña Reyes, Alan Bruce Catalán, **Hugo Ríos Videla**, y Jaime Vásquez Sáenz; un guardia le comentó que se iban para "Puerto Montt", lo que significaba que los iban a tirar al mar.*

Este lugar está lleno de historias como la que les acabo de contar.

Estoy segura que nuestros desaparecidos y ejecutados están ahora escuchando vuestras canciones y oraciones. Cuando veo a tantas personas buenas reunidas en este lugar mi alma vuela contenta porque no hemos perdido la memoria y no volveremos a permitir que hombres y mujeres maravillosos sean asesinados, como lo fue mi peque que a sus escasos 21 años luchó hasta la muerte por la libertad.